PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA CON MENCIÓN EN PSICOPATOLOGÍA Y PSICOANÁLISIS

"LOS CELOS COMO INTENTO DE ACCESO AL SABER SOBRE EL GOCE OTRO"

MODALIDAD DE TITULACIÓN: CAPÍTULO DE LIBRO

WALTER AUGUSTO SEGURA VELASCO

CARLOS TIPÁN MEZA



QUITO, 2025

ÍNDICE

Resumen.....4

Abstract.....5

1. **Introducción.....6**
2. **El Complejo de Edipo y los Celos.....7**
3. **Sobre el Mecanismo de los Celos según Freud.....9**
4. **Lacan: Celos, Alienación y Separación.....11**
    - **4.1. El estadio del espejo.....12**
    - **4.2. El transitivismo.....12**
    - **4.3. El triángulo imaginario.....13**
    - **4.4. Proyección y fragilidad de la identidad especular.....13**
5. **Celos: Estructura y Tiempo en la Constitución del Sujeto.....14**
    - **5.1. El tiempo lógico.....15**
    - **5.2. Celos y los tres momentos: ver, comprender, concluir.....16**
6. **El Goce y los Celos.....17**
    - **6.1. Del deseo al goce.....17**
    - **6.2. El cuerpo como lugar de inscripción del goce.....18**
    - **6.3. Amor, deseo y promesa de restitución.....19**
7. **Otro Goce.....20**
    - **7.1. Goce fálico y Goce Otro.....21**

7.2. La imposibilidad de saber sobre el Goce Otro.....22

7.3. El celoso y la fantasía de saber.....23

8. Los Celos como Pasión del Saber.....24

8.1. Saber e inconsciente.....25

8.2. Odio: lo rechazado del goce.....26

8.3. Amor: recuperación ilusoria de la unidad.....27

8.4. Ignorancia: defensa activa ante la verdad.....28

8.5. Las tres pasiones y la lógica del padecer celoso...28

9. Discusión.....29

9.1. Celos, síntoma y estructura.....30

9.2. Celos y redes sociales: híper-visibilidad y deseo...31

9.3. Goce Otro: ausencia sin saber.....32

10. Conclusiones.....32

11. Bibliografía.....36

Resumen

Este trabajo tiene como objetivo analizar los celos desde una perspectiva estructural en psicoanálisis, ubicándolos como un intento de acceso al saber sobre el Goce Otro. La investigación parte del problema de cómo los celos revelan la posición del sujeto ante el deseo, la falta y aquello no simbolizable. La pregunta que guía el estudio es: ¿de qué modo los celos se articulan con la constitución del sujeto y su relación con un saber imposible sobre el Goce Otro? A través de un recorrido teórico con base en los desarrollos de Freud y Lacan, se examinan los celos como una formación que atraviesa las estructuras clínicas, se inscribe en la lógica edípica, los tiempos lógicos y las pasiones del ser: amor, odio e ignorancia. La metodología es conceptual y estructural, articulando categorías fundamentales de la teoría psicoanalítica. Se concluye que los celos no son un afecto vano, sino un operador lógico que expresa el intento del sujeto por suplir, a través de una ficción de saber, la ausencia estructural de acceso al Goce Otro. Este goce, fuera del lenguaje, sin ley ni medida, confronta al sujeto con lo inasible.

Palabras clave: Celos, Goce Otro, Saber, Sujeto, Deseo, Psicoanálisis.

Abstract

This work aims to analyze jealousy from a structural perspective in psychoanalysis, conceiving it as an attempt to access knowledge about the Other Jouissance. The research stems from the problem of how jealousy reveals the subject's position in relation to desire, lack, and that which is unsymbolizable. The guiding question of the study is: In what way is jealousy articulated with the constitution of the subject and its relation to an impossible knowledge about the Other Jouissance? Through a theoretical inquiry grounded in the works of Freud and Lacan, jealousy is examined as a formation that traverses clinical structures, is inscribed within the Oedipal logic, the logical times, and the passions of being: love, hate, and ignorance. The methodology is conceptual and structural, articulating fundamental categories of psychoanalytic theory. It is concluded that jealousy is not a vain affect, but a logical operator that expresses the subject's attempt to compensate, through a fiction of knowledge, for the structural impossibility of accessing the Other Jouissance. This jouissance, outside of language, without law or measure, confronts the subject with what is unattainable.

Keywords: Jealousy, Other Jouissance, Knowledge, Subject, Desire, Psychoanalysis.

Introducción

No existe una definición exacta y suficiente para los celos en psicoanálisis. Partir de la práctica del caso por caso abre la posibilidad de entrever el obstáculo que supone otorgarles un estatuto preciso, esto, en referencia a las posiciones diversas en las que el sujeto manifiesta los celos en su principal campo fenoménico, la vida amorosa.

El interés particular por estudiarlos se sostiene en su característica propia como acaecer clínico que atraviesa las estructuras -neurosis, psicosis, perversión-. Esta idea, a su vez, acentúa la relevancia diagnóstica que se genera en la necesidad de distinguir los celos a partir de la estratificación que hace Freud (1924), en niveles: 1. *competencia o* normales; 2. *proyectados, y* 3. *delirantes,* que viabilizan la contingencia de pensarlos como recurso para el dictamen en la práctica.

Interrogar los celos ofrece una entrada no frecuente en la investigación psicoanalítica; en una publicación reciente Lutereau & Esborraz (2019), aluden a la escasa literatura sobre este tema en el campo del psicoanálisis, remarcando su poca presencia en la divulgación actual[1]. La exploración conceptual a partir de los celos remite de manera indefectible a discurrir a través de los fundamentos de la teoría, retomar, darle lugar a la pregunta por el saber y el goce a partir de los *cimientos* que hacen posible sostener una práctica rigurosa.

En la actualidad nacional los artículos desarrollados sobre los celos (Ordóñez Espinoza & Álvarez Saquinaula, 2022), se han restringido a los contextos penitenciarios aplicando

[1] En relación con los celos desde el psicoanálisis: S. André, D. Lagache, D. Lachaud, todos los estudios hasta 1998.

como recurso manifiesto una demarcación patologizante que establece un nexo entre el objeto de estudio y la violencia (Espinel & Mayorga-Lascano, 2014). La investigación desde el psicoanálisis expande los alcances e implicaciones del examen de un fenómeno a partir del modelo interdependiente: *teoría*, fuente de los conceptos fundamentales explicativos; *práctica,* espacio consignatario de la experiencia en tanto contexto del acto y la cura; *clínica,* lugar de formalización de los hallazgos que permiten su aprehensión y transmisión.

> Se trata entonces de lo que puede producir una investigación en psicoanálisis que vaya más allá de lo que se produce y de lo que se procesa dentro del ámbito de la cura, en el lugar donde se ejerce este método (Cancina, 2008, p. 53).

El *anudamiento*: teoría-práctica-clínica abre la posibilidad de interrogar al *Sujeto* a partir de sus producciones, huellas, *vestigios*[2] en consecuencia del propósito ético por evitar etiquetar, objetivar o reducir su singularidad estructural "No hay ciencia del hombre, […] porque el hombre de la ciencia no existe, sino únicamente su sujeto" (Lacan, 2009, p. 817).

El complejo de Edipo y los celos

En el planteamiento de una parte central de su teoría, Freud se sirve de una obra literaria que se convierte en mítica al funcionar como narración que articula varios momentos fundamentales en el desarrollo de la subjetividad.

[2] En el sentido en el que lo emplea Cancina para hacer referencia a una impronta.

Según Freud (1924), el psicoanálisis ha permitido advertir la función estructurante que ejerce el complejo de Edipo para el sujeto, al organizar el núcleo de la relación afectiva temprana del niño con sus figuras parentales.

El Edipo representa el correlato psíquico de dos condiciones biológicas fundamentales: por una parte, la prolongada situación de dependencia en la infancia humana, y, por otra, la precoz emergencia de la sexualidad infantil, la cual alcanza un punto de clímax entre los tres y cinco años, antes de ser suspendida por un período de latencia que precede su reactivación en la pubertad.

El Complejo de Edipo remite a un recorrido metapsicológico en el que se concentran: origen y desenlace del deseo para el sujeto.

> Su destino nos conmueve únicamente porque podría haber sido el nuestro, porque antes de que naciéramos el oráculo fulminó sobre nosotros esa misma maldición. Quizás a todos nos estuvo deparado dirigir la primera moción sexual hacia la madre y el primer odio y deseo violento hacia el padre; nuestros sueños nos convencen de ello (Freud, 1900/2004, p. 271).

El Edipo ocurre como una secuencia estructurante que puede ser leída en un orden lógico: *seducción*, que en relación con el oráculo evoca el destino al cual el sujeto, antes de su llegada, está adscrito; ocasiona y prohíbe el deseo. *Represión*, el lugar que llega a ocupar el sujeto marca las coordenadas del origen del deseo en el cuerpo, y, a su vez, lo circunscribe. *Castración*, da lugar al encauce del deseo a partir de la resignación del objeto originario; de forma paradójica, perpetúa la existencia y el retorno de aquellos -impulsos

sofocados- “Como Edipo, vivimos en la ignorancia de esos deseos que ofenden la moral, de esos deseos que la naturaleza forzó en nosotros, y tras su revelación bien querríamos todos apartar la vista de las escenas de nuestra niñez” (Freud, 1900/2004, p. 121).

En la narrativa de este tránsito, se expresa la inclusión del sujeto en el lenguaje a partir de la mediación de la Ley, encarnada en la figura del padre como portador de una interdicción. Esta interdicción -la castración- no aniquila el deseo, sino que lo estructura, lo redirige y lo sostiene en la falta. Como resultado, el deseo descansa sobre lo inconseguible. “La castración quiere decir que es preciso que el goce sea rechazado, para que pueda ser alcanzado en la escala invertida de la Ley del deseo” (Lacan, 2009, p. 786).

De esta manera, los celos se manifiestan como una formación compleja que articula deseo, competencia e identificación. La rivalidad edípica en sí misma no sólo está presente en el orden del deseo, también establece el mecanismo de la repetición en el campo de las sucesivas experiencias amorosas.

Sobre el mecanismo de los celos

Freud describe el fenómeno de los celos como una formación compuesta, con un origen situado en la constitución subjetiva. Establece una gradación para su distinción en niveles: 1. ordinarios; 2. proyectados y 3. delirantes. Este recurso para advertir su contraste y particularidad hace referencia al fundamento de estos afectos originarios en la gestación del aparato psíquico.

En los *celos ordinarios* está presente la dimensión del conflicto edípico, donde la rivalidad con el tercero es una manifestación alusiva a una escena en la que el objeto de amor es disputado. Este mecanismo supone la base inconsciente de la subjetivación.

> Se echa de ver fácilmente que en lo esencial están compuestos por el duelo, el dolor por el objeto de amor que se cree perdido, y por la afrenta narcisista, en la medida en que esta puede distinguirse de las otras; además, por sentimientos de hostilidad hacia los rivales que han sido preferidos, y por un monto mayor o menor de autocrítica, que quiere hacer responsable al yo propio por la pérdida del amor (Freud, 1924/2004, p. 217).

Los celos proyectados develan un mecanismo en el cual se exterioriza sobre un otro los propios deseos de origen inconsciente. Para Freud (1924), la homosexualidad reprimida muestra una función defensiva: el sujeto proyecta sobre su pareja el deseo y culpa imposible de reconocer, generando un mecanismo persecutorio en el que la fidelidad del otro se convierte en una fijación que se sostiene por efecto de manifestar sus contenidos sin asumir la titularidad de los mismos. Freud vincula estos celos con la estructura paranoica, en tanto el mecanismo de proyección invierte el propio deseo que aflige desde el exterior.

> Es una experiencia cotidiana que la fidelidad […] sólo puede mantenerse luchando contra permanentes tentaciones. Quien las desmiente dentro de sí mismo, siente empero sus embates con tanta fuerza que es proclive a echar mano de un mecanismo inconciente para hallar alivio (Freud, 1924/2004, p. 218).

En su estrato *delirante,* los celos develan un origen análogo a la proyección sostenida en la represión de la infidelidad homosexual. En el delirio de celos, se procura negar el propio deseo inconsciente y atribuirle al otro una actividad que lo involucra indirectamente. Esta dimensión implica una negación radical de la posición deseante del sujeto. En los celos delirantes es posible advertir un anudamiento de las tres formas de celos distinguidas por Freud.

Sobre los celos –Lacan–

Lacan retoma los conceptos de Freud[3] enlazados alrededor del origen del sujeto en el Edipo. El *yo* como instancia estructural tiene su umbral lógico en el génesis mítico al que nos referíamos hace un momento, desempeñando una función defensiva esencial al servicio del principio del placer. En su lectura, Lacan ubica un *yo* en términos constitutivos como la función *imaginaria* de articulación que permite que el sujeto se produzca en el escenario de la alienación y separación.

> Mediante la separación el sujeto encuentra, digamos, el punto débil de la pareja primitiva de la articulación significante, en la medida en que es por esencia alienante. En el intervalo entre estos dos significantes se aloja el deseo que se ofrece a la localización del sujeto en la experiencia del discurso del Otro, del primer Otro con el que tiene que vérselas, digamos, para ilustrarlo, la madre, en este caso. El deseo del sujeto se constituye en la medida en que el deseo de la madre esté allende o aquende de lo que dice, intima, de lo que hace surgir como sentido en la medida

[3] Desarrollos conceptuales de Freud sobre el Edipo en: El yo y el ello.

> en que ese deseo de la madre es desconocido, allí en ese punto de carencia se constituye (Lacan, 1964/2007, p. 226).

El sujeto emerge al ser re-presentado por el significante, empero, esta operación se sostiene en la dependencia de la imagen de sí, aquella ilusión que le permite ser nombrado desde fuera, como si se tratase de un *otro,* de esta forma la carne se vuelve cuerpo y se produce la alienación en la palabra.

La separación tiene lugar en la opacidad del deseo del *Otro*, marcando un lugar de imposibilidad que el sujeto resigna para procurar su propio deseo. En esta encrucijada entre el significante y la imagen, entre lo que se dice de él y lo que él ve de sí en el *otro*, se inaugura la relación fundamental imaginaria entre el *yo* y el *otro.* Así, la identidad del sujeto queda fijada en una tensión constante entre la unidad anticipada del cuerpo propio y la dispersión pulsional que la antecede, sosteniendo la estructura deseante en la falta y la alienación.

> Lo que he llamado *el estadio del espejo* tiene el interés de manifestar el dinamismo afectivo por el que el sujeto se identifica primordialmente con la *Gestalt* visual de su propio cuerpo: es, con relación a la incoordinación todavía muy profunda de su propia motricidad, unidad ideal, *imago* saludable; es valorizada por todo el desamparo original, ligado a la discordancia intraorgánica y relacional de la cría de hombre, durante los seis primeros meses, en los que lleva los signos, neurológicos y humorales, de una prematuración natal fisiológica (Lacan, 2009, p. 117).

Es en esta superficie ilusoria donde los celos encuentran su anclaje estructural. Dentro del curso alienación-separación, de forma descriptiva, es posible ubicar este proceso trazando un triángulo imaginario: *yo*, *imagen del cuerpo*, *otro*. El *yo imaginario*, como función estructurante, compone una forma anticipada de unidad que se adjudica como propia. La *imagen del cuerpo* sirve como soporte virtual para representarse como reflejo al ser visto. El *otro* ocupa el lugar de mediador del reconocimiento, y, al mismo tiempo, de rival.

Lacan subraya la relación entre los celos y la proyección, retomando la descripción señalada por Freud[4]. En la proyección, la relación especular con el *otro* se radicaliza, produciendo un espacio de comprensión persecutoria para el sujeto que *exterioriza* intenciones y deseos que no puede reconocer en sí mismo. En este sentido, los celos, constituyen un punto de articulación entre el registro imaginario y simbólico, en la medida en que exponen la fragilidad de la identidad sostenida en la imagen.

> Por eso se confunden los dos momentos en que el sujeto se niega a sí mismo y en que hace cargos al otro, y se descubre ahí esa estructura paranoica del yo que encuentra su análogo en las negaciones fundamentales, puestas de relieve por Freud en los tres delirios de celos, de erotomanía y de interpretación. Es el delirio mismo de la bella alma misántropa, arrojando sobre el mundo el desorden que hace su ser (Lacan, 2009, p. 118).

[4] Distinción de Freud sobre los celos en relación con la paranoia y la homosexualidad.

Celos: Estructura y *tiempo* en la constitución del sujeto

El celoso, un *Ser Especular.*

En el proceso de trazado estructural del sujeto, un fenómeno clave que da cuenta de la complejidad en términos de indiferenciación donde la imagen prima sin corte es el *transitivismo.* Como lo remarca (Thibierge, 2024) "El semejante y yo recibimos nuestra imagen en el mismo lugar". Se trata del proceso prematuro en el que la imagen de sí para el sujeto es captada desde el exterior y en ese espacio impreciso surge una confusión fronteriza con el *otro*, al punto de experimentar las vivencias de su similar como propias.

> El niño que pega dice haber sido pegado, el que ve caer llora. Del mismo modo es en una identificación con el otro como vive toda la gama de las reacciones de prestancia y de ostentación, de las que sus conductas revelan con evidencia la ambivalencia estructural, esclavo identificado con el déspota, actor con el espectador, seducido con el seductor (Lacan, 2009, p. 117).

El transitivismo marca el origen del *yo* en la competencia-rivalidad con el semejante -Es posible que el *otro* sea quien me priva de mi lugar; quien posee aquello que pudo haber sido mío-. La disputa en sí misma en este momento se convierte en un fenómeno estructurante para el *yo,* en tanto el *otro* situado en el mismo lugar de la superficie especular lo excluye y otorga valor a aquello que desea.

De este modo los celos aparecen como operador estructurante que determina el momento en el que el sujeto se siente desplazado del lugar de objeto en el deseo del *Otro* de

la alienación. Los celos funcionan como índice del proceso operación estructural de la represión que funda lo inconsciente, y, al mismo tiempo, el retorno de lo reprimido.

En este punto es necesario añadir a esta línea de origen que venimos recorriendo un elemento transcendental. La génesis para el sujeto puede examinarse en momentos, instantes que evaden la serie lineal en donde lo que resalta es la operación de relevancia estructural, no la duración cronológica cuantitativa.

Lacan[5] utiliza el tiempo lógico como recurso para explicar el origen paradójico del sujeto. En el proceso de conformación estructural es posible ubicar tres momentos que revelan los movimientos por los que el sujeto originario atraviesa para emerger.

El instante de la mirada, en el que el sujeto percibe de forma global, inmediata y confusa; no existe una diferenciación, no es capaz de situar lugares, es un tiempo impersonal en el que aquello que *se sabe* no es atribuible. En este momento el pasaje lógico se viabiliza a partir de los elementos condicionales: "prótasis y apódosis*"* (Lacan, 2009, p. 200). En relación con el acontecer que depende de un factor determinante, expresado en la fórmula: Si… Entonces.

El tiempo para comprender, en el que el sujeto atraviesa un comienzo en el proceso para hipotetizar un lugar, una posición para sí mismo en relación con el *otro* para el *Otro*, en una instancia aún indistinta, pero de reciprocidad a partir de la dependencia en tanto rivalidad y comparación.

[5] Formulación de Lacan en el tiempo lógico y aserto de certidumbre anticipada.

Momento de concluir, el sujeto asume una posición que lo determina, se adjudica un lugar en la enunciación expresado en un saber alejado de lo impersonal, el saber se asume en un acto que no está a prueba en la confirmación, es decir, no se trata de una verdad que se constata, el sujeto la produce afirmándola.

La certidumbre del sujeto se declara antes de la confirmación objetiva a través de una operación lógica que lo define en el *acto* de concluir, dándole sentido al tiempo de comprender. El sujeto surge en la anticipación impuesta fuera de la validación objetiva, determinada por una deducción lógica afirmativa a partir de la rivalidad en la que se juega su lugar.

Es fundamental examinar esta secuencia lógica para localizar la función de los celos como un operador estructural en la producción subjetiva en el campo imaginario, los celos crean la escenificación de exclusión en la competencia frente al *otro* como adversario ilusorio. Es lícito pensar que los celos exigen al *yo* a salir de la indiferenciación y a posicionarse frente a un *otro*.

> Este movimiento de génesis lógica del "*yo*" [*je*] por una decantación de su tiempo lógico propio es bastante paralelo a su nacimiento psicológico. Del mismo modo que, para recordarlo en efecto, el "*yo*" [*je*] psicológico se desprende de un transitivismo especular indeterminado, por el complemento de una tendencia despertada como celos, el "*yo*" [*je*] de que se trata aquí se define por la subjetivación de una *competencia* con el otro en la función del tiempo lógico. Como

> tal, nos parece, da la forma lógica esencial (mucho más que la forma llamada existencial) del "*yo*" [*je*] psicológico (Lacan, 2009, p. 202).

En una lectura que implique a los celos, su relación con los tiempos lógicos se podría establecer de la siguiente forma: *Instante de la mirada*; el sujeto es apresado por una escena que lo prescinde. La imagen lo perturba de forma inmediata, sin mediación simbólica. Los celos surgen como pasión inaugural, determinan un estancamiento en lo imaginario, donde es posible para el celoso captar un goce del que se percibe privado.

Tiempo para comprender; inicio del proceso en tanto conjetura. El sujeto pretende descifrar la escena imputando saber y goce al Otro. Los celos se organizan expresados en suposición de goce. La subjetivación se despliega desde la falta, en la tentativa de ubicarse en la escena que lo exceptúa.

El momento para concluir apunta al espacio analítico en el que se produce la verdad, y, al mismo tiempo, el sujeto. En los celos, como se ha dicho antes, existe un detenimiento que se sostiene en la mirada y la suposición, en un atravesamiento por las pasiones, no existe una producción de verdad.

El goce y los celos

Hasta ahora, los senderos descriptivos que hemos recorrido constituyen varias entradas hacia el abordaje del comienzo de la subjetividad en coyuntura a la función de los celos. En la lectura del Edipo -aunque de manera somera- ubicamos: inauguración y la prohibición del deseo, sin detenernos aún en aquello que lo precede. Para no dejar que la idea se nos escape, conviene preguntarse: ¿qué es el deseo y qué lo vuelve posible?

Un punto de articulación teórica en relación con la estructuración surge en los instantes de incertidumbre en la alienación-separación en los que el *infans*[6] no da cuenta aún de sí y el Otro. El cuerpo es lo crucial en los tiempos de emergencia subjetiva, percibido como indiferenciado en lugares "un afuera que es adentro y un adentro que es afuera" (Braunstein, 2006, p. 32).

En el principio, el cuerpo sometido al imperio de la tensión, encuentra en el placer una vía de descarga para la exigencia orgánica. Este mecanismo establece un límite en sí mismo en tanto descarga. Es posible aquí ubicar una ley originaria casi innata a la que se añade en un movimiento lógico el complejo de castración heredado del Edipo como la Ley del deseo. "Es de hacer notar el uso de las minúsculas y las mayúsculas que remiten al orden de la naturaleza unas y al registro simbólico las otras" (Braunstein, 2006, p. 32). En la Ley del deseo se marca la imposibilidad estructural de satisfacción plena que narra el Edipo en el que descansa el lugar la falta.

¿Qué es el deseo y qué lo vuelve posible? "Desear es desear lo prohibido" (Braunstein, 2006, p. 24). En el origen está el *desconcierto* -tensión vital sin forma- que el placer llega a *calmar*. La prohibición no anula esta experiencia, delimita el lugar estructural donde el sujeto busca re-encontrar aquello.

La plenitud mítica en la que la fusión sin límite para el niño, objeto de la madre -preliminar a la Ley- determina un no lugar originario, allí donde impera la infinitud, la castración supone una fisura, sustracción de la integridad marcando una pérdida a promesa

[6] Según lo expone Lacan en: El estadio del espejo como formador de la función del yo [*je*] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica.

de una *res-titución* estructural a través un de un borde finito, el deseo no apunta más al *sin límite*, gravita su ausencia.

> El sujeto es desde siempre sujeto de la Ley y, por efecto del significante, debe renunciar a su deseo para buscar otro significante suplente del primero con el que regulará sus relaciones acordándose al principio del displacer-placer. No es entonces el placer la meta del deseo, es su sustituto; es, más bien, el indicador de la subsistencia del deseo infantil, incestuoso y perverso, bajo la apariencia de una sumisión siempre resistida al significante (Braunstein, 1981, p. 181).

El cuerpo deviene territorio de localización del goce, recortado en función de la marca significante y regulado por la prohibición a condición estructural de la demanda dirigida al Otro, al Otro sexo en el amor.

El amor, terreno donde toma consistencia la promesa de rencontrar el imperecedero perdido, es por definición el: "sentimiento encargado de suplir la inexistencia de la relación sexual y reaportar el goce al que se debió renunciar" (Braunstein, 2006, p. 34).

Se establece así el campo fenomenológico de los celos: en el amor la promesa del rencuentro con el goce resignado, toma cuerpo en la procura de la re-unión como efecto de la unidad originaria con el *Otro*. Allí donde la ilusión de posesión sin límite remoza, los celos se ratifican como operador de la fisura: actualizan la posibilidad de pérdida, hacen presente la posibilidad de que el objeto se escurra configurando la escena inaugural de la falta.

Los celos adquieren estatutos diversos en relación con el origen y emergencia del sujeto, al inscribirse en la constitución del deseo, los celos conservan la impronta del mecanismo de retorno incesante que se actualiza en las coordenadas del amor. Así, la dimensión de los celos se renueva en las vías del deseo como una formación de lo inconsciente que irrumpe el sentido de posesión y pérdida.

> Se ve que la caracterización de los rasgos celosos mediante el uso de conjunciones y disyunciones escamotea lo más particular de estos fenómenos: su carácter apremiante, torturante, ilógico e invasor, que hace totalmente ineficaz cualquier persuasión basada en el razonamiento intelectual y puede llevar al crimen (Green, 2005, p. 140).

Otro goce

La inscripción del deseo está marcada por la Ley de la pérdida. El sujeto accede al lenguaje al coste de una renuncia, de una cesión de goce que no se disipa, sino que retorna de modo dislocado, fragmentario, en síntomas, en el amor, el odio y también en los celos. Para continuar en esta senda se acusa profundizar en la lógica del goce hacia su carácter de alteridad radical.

No hay goce sin castración. El goce pleno es imposible: es en origen recortado por operación del significante, regulado por la función del Nombre-del-Padre, y, articulado en la lógica de la pérdida. Este goce que se inscribe en la Ley simbólica es el goce fálico, sometido al principio del placer, cuantificable, estructurado por la demanda y encauzado por el deseo.

> Es el imperio del goce (del ser) anterior a la organización subjetiva siendo ésta un efecto de la ordenación que, en el reino del significante, impone la metáfora paterna. Sabemos que el nombre-del-Padre entroniza la primacía del significante fálico y vacía el goce difuso del cuerpo haciéndolo pasar por una zona estrictamente limitada (goce fálico), sometida a la Ley (Braunstein, 2006, p. 192).

Una deducción lógica resulta del efecto estructural del recorte; hace referencia a la permanencia perpetua de un resto, aquello que se escapa. Esto implica el necesario que apunta a la existencia de un goce que no se deja recortar, ni regular por la lógica fálica: el goce Otro. No se trata de un goce alternativo sino de un goce que excede, suplementa, desborda lo simbólico. No se localiza, cuantifica, no se articula con la falta, no responde a la Ley.

> Por eso el superyó tal como lo señalé antes con el: ¡*Goza*! es correlato de la castración, que es el signo con que se adereza la confesión de que el goce del Otro, del cuerpo del Otro, sólo lo promueve la infinitud (Lacan, 1972-1973, p. 15).

Este goce Otro, nombrado en relación con lo femenino, aunque no exclusivo de la mujer, introduce una grieta en la primacía fálica, revelando un goce fuera del sentido, fuera del saber instituido, fuera de las coordenadas del deseo.

Por eso, las tesis de Lacan[7] representan "la máxima contribución del psicoanálisis a la gozología femenina en la historia de la humanidad" (Braunstein, 2006, p. 165). El goce

[7] Según lo expone Lacan, en el *Seminario XX: Aun*.

Otro no sólo desestabiliza el orden simbólico, sino que interroga la integridad del falo como medida del goce, abriendo paso a una lógica suplementaria, no-toda, y a un saber que no se deja aprisionar.

Este goce no consigna al órgano ni al placer, de igual forma, no se regula por la lógica del intercambio. No es una satisfacción que pueda ser proporcionada, compartida o atribuida, sino una experiencia velada, aguda, desbordante, que resiste toda inscripción significante. Se trata de un goce Otro, no porque sea ajeno y localizado en un semejante, sino porque se manifiesta en un espacio sin medida, sin ley, sin saber.

El cuerpo, en tanto superficie fragmentada por el significante, puede albergar goce. Empero, no todo goce del cuerpo es fálico, ni está estructurado por la palabra. Hay un remanente, un exceso, que escapa a la mediación simbólica, la lógica del deseo y la articulación del saber. Ese resto es el Goce Otro: una experiencia que atañe al sujeto, pero que no posee; que lo traspasa sin habitarlo, que lo conmueve sin que pueda representarla. Es un goce que sitúa al sujeto en el lugar de lo no-sabido, de lo no-controlado, de lo imposible de asumir.

> En efecto, lejos de que a ese deseo responda la pasividad del acto, la sexualidad femenina aparece como el esfuerzo de un goce envuelto en su propia contigüidad (de la que tal vez toda circuncisión indica la ruptura simbólica) para *realizarse a porfía* del deseo que la castración libera en el varón dándole su significante en el falo (Lacan, 2009, p. 698).

En este punto surge la suposición: -el Otro Goza en sí mismo-; por eso, en las coordenadas del amor cuando el sujeto se enfrenta a la posibilidad de que el Otro goce en su ausencia, se produce una fractura. No es en este escenario una pérdida narcisista, ni una amenaza a la posesión, sino del encuentro con un goce que lo exceptúa. No se trata de un objeto perdido que pueda ser recuperado, sino una hiancia: un punto de supresión radical en lo que concierne a lo que goza el Otro. Es el tropezón con lo irrepresentable del goce del Otro lo que transforma la escena de celos en padecimiento.

Los celos se revelan como efecto de la posición del sujeto ante el deseo y el goce. Se trata de la angustia por el supuesto en el que el Otro goza de algo que otro tiene y lo presenta como total. El rival aparece como la personificación de un goce que no se representa. El celoso se ve desplazado, no del deseo del Otro, sino de su goce en un perímetro ininteligible, sin norma ni resguardo.

Ese goce Otro, no sujeto a la deducción, se vuelve demoledor en la fantasía, en la escena del Otro gozando sin límite. El sujeto, ante el impedimento de saber a partir de los celos produce una ficción en la que el goce del Otro sería perceptible, localizable, reproducible. “Los celosos siempre somos sujetos más o menos vulgares, en la medida en que buscamos apresar un deseo a través de la confirmación material de un hecho” (Lutereau, 2018, p. 55).

El escenario de los celos es, entonces, un intento desesperado de colmar esa ignorancia constitutiva. No se resuelve a partir de pruebas, testimonios o certificaciones, no responde a la lógica del conocimiento. Los celos no son consecuencia de un saber que falta, más bien, el efecto de una ignorancia activa, estructural respecto a un goce que no se simboliza.

> La ignorancia en efecto no debe entenderse aquí como una ausencia de saber, sino, al igual que el amor y el odio, como una pasión del ser; pues puede ser, como ellos, una vía en la que el ser se forma (Lacan, 2009, p. 342).

El Celoso no ha emprendido una búsqueda por el objeto, no es en sí el amor del Otro. Anhela el encuentro con el -aquello- que lo extirpa del lugar que le -corresponde- en relación con el Otro. Esa verdad, que, de manera paradójica, no está en ninguna parte; el goce del Otro en sí mismo escapa a la aprehensión. Lo único que el sujeto envuelve es la suposición, la ficción que sostiene con respecto a la ausencia absoluta de saber que lo causa.

Este goce Otro, empero, no se manifiesta en un sujeto no barrado; no es el goce de un sujeto colmado, total, se trata de un goce que extralimita la palabra, que no se dice, pero **s**e sugiere de manera implícita en los márgenes de la experiencia. Un goce fuera del lenguaje, pero que transita por él, lo bordea, dejando marcas sin inscripción posible. El sujeto celoso no accede a él, pero lo sufre en su-puesto: lo grafica allí, en la imposibilidad.

Los Celos, Pasiones por el Saber

El saber, a partir de un lugar privilegiado ejerce un mecanismo estructurante en el sujeto. No consiste en un cúmulo de entendimiento; es producto del proceso fundante, aquello que el sujeto no gobierna y existe de modo paradójico en detrimento de que pueda dar cuenta de ello.

Lacan afirma: “Es por eso incluso por lo que el inconsciente, que dice lo verdadero sobre Lo verdadero, está estructurado como un lenguaje” (Lacan, 2009, p. 824). El saber,

que excede la consciencia, marca una división en el sujeto. El saber existe a condición de una pérdida, hiancia, discrepancia entre aquello que se dice y lo que se pretende decir. Se establece entonces, una superficie de inquietud, que revela al sujeto aprisionado por un saber que revela una verdad que lo determina y lo interpela.

Es lícito deducir que el vínculo entre el sujeto y el saber no sea equitativo; más aún, se manifiesta como pasional. El saber, atravesado por celos, produce el nodo en el que convergen las pasiones del Ser: amor, odio e ignorancia.

En el principio era el odio; "el odio es […] más antiguo que el amor; brota de la repulsa primordial que el yo narcisista opone en el comienzo al mundo exterior prodigador de estímulos" (Freud, 1915/20025, p. 133). Existe un rechazo originario del aparato psíquico respecto a aquello que le es ajeno preservando su inmutabilidad. Ante esta percepción de irrupción de inquietud, las primeras experiencias con la satisfacción de las necesidades básicas marcan el prototipo para la distinción en principio de: lo "bueno y lo malo", en tanto capacidad del objeto para apaciguar de forma parcial -no-toda- la intranquilidad que produce el cuerpo en su carencia original.

> En efecto, los primeros objetos aportados por la madre (seno) aplacan un instante la tensión displaciente que ha provocado el hambre, sin poder apagar sin embargo la "fuente" de dicha tensión, de forma que el objeto seno se escinde en objeto de amor y objeto de odio (Rey-Flaud, 2000, p. 240).

En este punto, es posible ubicar la noción primordial de incorporación, experimentada por el aparto psíquico a través de la alimentación en relación con lo -bueno-, y, el -resto-

que le es ajeno como lo malo. De esta forma se puede pensar en el odio que emerge sobre el remanente que permanece ante la intención perpetua de asimilar todo, más aún, cuando se trata del escenario del amor.

> Si el amor tiende a permitirle al sujeto reconstruir su narcisismo "incorporando" al ser amado, siempre tropieza con una dificultad insuperable, porque el "objeto deseado" (*Wunschobjekt*) tiene siempre alguna parte inasimilable *(das Ding)* refractaria, que en consecuencia será sentida por el sujeto como "hostil" (*feindliche*) y, por lo tanto, odiada (Rey-Flaud, 2000, p. 240).

El odio al -resto- marcado por el principio del placer/displacer da un giro de complejidad en el encuentro entre la cosa y el significante donde se puede ubicar que aquel fragmento que resiste adquiere representante en lo simbólico.

> El odio *redoblado*, en el segundo tiempo, es de otro orden, ya no es el odio de la pérdida, dirigido al punto *Unlust* del yo (*das Ding*), sino odio simbólico dirigido contra la falta (contra el significante de *das Ding*) (Rey-Flaud, 2000, p. 240).

En la lógica de Rey-Flaud (2000), la metamorfosis del odio puede tener dos destinos: permanecer fijado revelándose como odio imaginario -agresivo- que responde a la rivalidad; o, mutando en su contrario, simbolizado en la búsqueda por el objeto que expíe la falta.

El amor, según Rey-Flaud, (2000), está presente desde el origen, estableciendo la figura inaugural de posible recuperación ante la pérdida indeleble. En el segundo tiempo del significante se produce el amor simbólico, se inscribe en lo que falta, mostrando; al mismo

tiempo, resguardando. El amor imaginario se sostiene en la ilusión de completud que bajo una forma contradictoria determina inestabilidad consabida, condenada al fracaso y a la insatisfacción.

En el instante trascendental del significante, *La ignorancia* aparece como efecto de la instauración de ese saber no sabido, aquello que el lenguaje no puede nombrar sino a través de tocar la pérdida. El sujeto tiene una relación indisoluble con la falta, en tanto la ignorancia opera como mecanismo activo para velar la verdad que lo divide.

> Allí es claro como aparece el inconsciente bajo la forma de mensajes a descifrar que conducen al deseo, a la prohibición, a la regulación de la sexualidad a la estructuración que se relaciona con su propio goce bajo el emblema de la ignorancia (Braunstein, 1981, p. 180).

Esta secuencia pasional es lógica, dinámica, determinada por el retorno, resurgimiento, superposición, expuesta a través los celos que develan la forma en la que el sujeto intenta responder de manera perpetua a la hiancia entre saber y goce que lo constituye.

Las pasiones surgen como una formación compleja ante la falta fundante del *Ser*, esa ausencia fundamental que define la existencia. El *Ser*, en su naturaleza, se experimenta a través de aquello que le falta, una escisión original que el significante revela y a la vez, genera.

Respecto a esta privación estructural, las pasiones: odio, amor e ignorancia se manifiestan como modos de relación con esa pérdida esencial. *El odio* surge en la forma de un rechazo vehemente a razón de aquello que, al confrontarlo, recuerda la propia

incompletud; *el amor*, emprende una búsqueda de recuperación, ubicando en el otro la ilusión de una completud perdida, intentando esconder la falta constitutiva; mientras que *la ignorancia* opera como una defensa activa, resguardando al sujeto de un saber que podría develar su propia ausencia.

> Este esquema presentifica lo siguiente: sólo en la dimensión del ser, y no en la de lo real, pueden inscribirse las tres pasiones fundamentales: en la unión entre lo simbólico y lo imaginario, esa ruptura, esa, arista que se llama el amor; en la unión entre lo imaginario y lo real, el odio; en la unión entre lo real y lo simbólico, la ignorancia (Lacan, 1953/2001 p. 394).

Al igual que el Ser, el saber falta; los celos existen a condición de estas pasiones, pues evocan la falta que los perpetúa.

El amor, promesa de recuperación de la unidad "[…] del estado de absoluta felicidad de que supuestamente disponía cuando era" (Braunstein, 2006, p. 35). Se convierte en la superficie de fijación inicial para los celos, se orienta por la búsqueda de un saber que se le atribuye al Otro, velando así el Real de la no-relación sexual, el lugar donde la completud es imposible.

El odio se revela en la confrontación con la imposibilidad de saber todo sobre el Otro, colisionando con el Real del goce, ese exceso inaprensible que el saber no puede conquistar "[…] el Otro es el objeto de un odio primitivo que justifica la negatividad absoluta como vocación originaria del ser" (Braunstein, 2006, p. 67).

La ignorancia se afianza en la persecución de un saber que no sustituye la verdad, protegiéndose del Real como saber inaprehensible, la verdad sobre la castración que insiste más allá de cualquier intento de simbolización.

> Hay una falta en el saber que remite a un imposible de saber, a un más allá del falo. Y ese insabible no es un inexistente, no es una falta, sino, por el contrario, un exceso, un *goce de más* que el saber hasta ahora ha pretendido cercar, limitar, localizar, extirpar, haciéndolo objeto de discurso y controlándolo (Braunstein, 2006, p. 261).

Discusión

Los celos no constituyen un puro afecto fortuito, lejos de aquello, tienen una función estructural que da cuenta del modo de posicionarse del sujeto en relación con aquello sobre lo que no prevalece ni discierne completamente, es decir, el lugar del deseo y del goce en tanto parte de la alteridad.

A partir de la travesía hasta aquí emprendida es lícito notar que los celos responden a una lógica que atraviesa tanto el proceso de constitución del sujeto como las condiciones simbólicas que rigen su relación con el Otro.

> Los celos son un síntoma irreductible en el análisis. La expectativa del analista de que los celos desaparezcan es un ideal terapéutico y vano. Ese desprecio por el síntoma también se refleja en el prejuicio (de algunos analistas) de que los celos mienten. O, mejor dicho, que el celoso vive una ficción sin verdad. Así, el analista extraviado trata al síntoma con menos respeto que a un delirio, cuando no trata al

> delirio como una interpretación falsa. Los celos son una interpretación del deseo, y revelan hasta qué punto la fantasía no es personal (o individual) sino un lazo entre dos (Lutereau, 2018, p. 130).

Atravesando las primeras experiencias de diferenciación hasta la inscripción en el orden del lenguaje, el sujeto se funda en torno a una privación que impide la conquista total de lo vivido y del propio cuerpo. Los celos, operadores estructurales que articulan la tensión entre el campo de lo visible y lo inalcanzable, entre la imagen que el otro irradia y aquello que se especula más allá, en la superficie del goce no regulado por la Ley.

El deseo, como movimiento encauzado por la falta, encuentra en los celos un testimonio de su propia imposibilidad de completarse. Esta experiencia confronta al sujeto con la elucubración de que algo escapa, de la existencia de la dimensión —el goce del Otro—, que, por definición no es susceptible de verificación, ni captura, empero, en la escena la suposición es suficiente para causar angustia, perplejidad o agresión "Lo analizable de los celos es la posición excluyente con que se vive la relación del otro con el deseo: si desea, yo estoy afuera" (Lutereau, 2018, p. 130). No se trata de ubicar los celos como amenaza narcisista, esta ficción señala el límite del saber y el lugar donde la verdad deja de ser articulable.

La relación entre celos y saber se torna inevitable. El sujeto celoso no busca simplemente comprobar hechos; intenta, en el fondo, dar sentido a lo que no puede ser dicho: la experiencia de un exceso que escapa a las coordenadas simbólicas. De allí que el odio, el amor y la ignorancia —en tanto pasiones que expresan distintas formas de tratar esa

escisión originaria— se hallan comprometidas en la experiencia celosa, revelando su estatuto de posicionamiento ante lo que no puede saberse sin costo.

El celoso, entonces, no se aferra al conocimiento, sino a lo que supone Lutereau & Esborraz (2019). En esa suposición se expresa una organización lógica articulada en la urgencia por situar el goce del Otro como existente, recortado, allí donde sólo hay ausencia. Es necesario establecer que el goce del Otro —como objeto de la suposición en la escena celosa— no es equivalente al Goce Otro. El primero, se manifiesta como una asignación imaginaria, alojada en un tercero privilegiado del deseo del Otro; el segundo, describe a un goce en su totalidad: Otro, sin circunscripción en la superficie del sentido, imposible de simbolizar. En los celos, el sujeto se entrega a la búsqueda de aprehensión de un saber posible sobre el goce del Otro, que suture la confrontación con el absurdo -sin sentido- del Goce Otro, al que intenta dar consistencia, forma, cuerpo que escapa en su naturaleza misma.

El celoso manifiesta *su-puesto* perdido ante el Otro: un lugar que en el escenario del amor persigue en el deseo extrínseco y del cual se descubre desplazado. Su visión se articula como la de un excluido, un excedente que da consistencia al goce del Otro a consecuencia de no encontrase allí. Esa suposición estructura el padecer -ser-*;* sostener a toda costa la conjetura de que el saber existe.

Para hablar de la trama contemporánea, es fundamental ubicar la dimensión de los celos en relación con el exceso. Las dinámicas de exposición y visibilidad articuladas a las redes sociales son su correlato. En estos espacios, la superficie imaginaria tiene presencia

dominante: las imágenes del otro, los signos de cercanía o distancia, los gestos capturados en fotografías o comentarios, se convierten en restos visibles que provocan interpretaciones subjetivas cargadas de afecto. Sin embargo, nada de lo mostrado puede satisfacer la interrogación celosa.

Lo que se observa en la capa fenoménica de lo digital es una propagación de dígitos que de manera pretenciosa aseguran vía directa hacia el deseo del otro, pero que, de forma paradójica, exacerban la distancia con el saber. La híper-visibilidad no reduce la perplejidad; la reproduce, lo que el sujeto explora con su intención no es imagen, más bien un sentido que se sustrae por estructura.

La escena virtual, con su lógica de desplazamientos, trazas, esbozo, fulgor y sobreexposición, perenniza la renovación del obstáculo al imposible: saber sobre aquello que goza el Otro. En este sentido, la conectividad inconmensurable no disuelve la estructura de los celos; la pone en escena en tiempo real, expandiendo su carácter especular "hay una relación directa entre las pasiones y la mirada. El celoso es siempre el que quiere ver lo opaco del deseo del otro" (Lutereau, 2018, p. 141).

Conclusiones

Se ha recorrido un sendero estructural en el que el sujeto se origina; los celos anclados a las pasiones evocan el *Ser,* determinan su emergencia. Es de remarcar el escenario que determinan los celos en tanto padecimiento del *Ser*-especular, es decir, el padecimiento que

surge en el campo fenomenológico de la pareja que hace pensar en un goce de los celos, *jalouissance*[8].

> No se pasa —y por eso mismo he dicho que el ***a*** es semblante de ser— de la noción, y en esto el análisis es como siempre un poco cojitranco, de la noción del odio celoso, el que salta del *celosgoce (jalouissance)*, el que *saltaimagina* (*s'imageaillisse*) con la mirada de San Agustín que lo observa, criatura. Está ahí como tercero. Observa, esa criatura, *y palidus, palidece* observando, suspendido al pezón, al *conlactaneum suum.* Afortunadamente es el goce sustitutivo inicial, en la enunciación freudiana, el deseo evocado de una metonimia que se inscribe en una demanda supuesta, dirigida al Otro, de ese núcleo de lo que llamé Ding, en mi seminario de *L'Ethique de la psychanalyse* (Etica del psicoanálisis), o sea, la Cosa Freudiana, y en otros términos, el prójimo mismo que Freud rehúsa amar más allá de ciertos límites.
>
> El niño mirado, sí ha el *a*. ¿Tener el *a*, es el ser?

Padecer —valga la homofonía con el Ser— los celos es aquí la cuestión. Como menciona Lacan (1975/2008), al referirse a la escena relatada por San Agustín, se traza un triángulo imaginario compuesto por: *la madre; el compañero de lactancia; y, el niño que observa —pálido—.* Para efectos de distinción, los celos surgen en relación con la madre en tanto se desea *ser* todo para ella; *ser* excluido de esa unidad es vivido como pérdida de ese todo, y esa pérdida toma la forma en celos, es decir, de aquello que se anhela con la madre.

[8] En francés, *jalousie* se traduce como *celos* y *jouissance* como *goce*. En el *Seminario XX*, Lacan introduce el neologismo *jalouissance* para articular el vínculo estructural entre los celos y el goce.

Al mismo tiempo, es posible ubicar la envidia como otra posición en ese triángulo de exclusión: el que mira supone que el otro goza de una fusión plena con la madre a través de la lactancia, captando allí una imagen de completud que no posee.

Es necesario remarcar la *palidez* en la escena, remite al detenimiento, a la fijación que se origina en la mirada. En lo imaginario, lo especular encierra la rivalidad y agresión; se trata del padecimiento del sujeto que no accede a su propio deseo, pues queda atrapado por el deslumbramiento que produce la suposición de un goce del Otro. En la demanda dirigida al Otro se establece el punto de partida para interrogar el deseo propio, transitando de la imagen a la palabra, en la figura de un goce sustitutivo.

En el recorrido sobre los tiempos lógicos y su implicación en los procesos a partir de los cuales el sujeto emerge es lícito ubicar un detenimiento. En el instante de la mirada la primacía imaginaria somete al sujeto al Goce del Otro en su búsqueda y comprobación en la pasión originaria del odio.

En el momento simbólico donde surge el amor como pasión del religar es donde la imagen puede tomar contacto con la palabra y puede interrogarse a partir de la ignorancia que a la vez que supone un evitar activo de la verdad es un vía de entrada a la pregunta.

Las pasiones en este detenimiento marcan el terreno para el sufrimiento atado al Goce ajeno, empero, a su vez, implican sin duda condiciones necesarias para que en la clínica con la función del analista habilitada por la transferencia, se produzca el aserto subjetivo, la verdad del sujeto. “¿qué es, a su juicio, ese algo que el análisis nos enseña que le es propio,

o lo más propio, propio verdaderamente, verdaderamente lo más, lo más verdaderamente?" (Lacan, 2009, p. 414).

El celoso revela *Su-posición* ante el deseo, en procura de restituir una unidad que no existe más que como efecto del discurso. Los celos manifiestan su dimensión lógica: no implican un remanente de un saber ausente, sino el índice de un exceso que no se deja apresar.

En definitiva, los celos no se explican por lo que el sujeto sabe, sino por lo que no puede saber sin confrontar el límite que lo constituye: son el intento estructural de apresar un saber sobre el goce Otro, saber que, por definición, permanece fuera del discurso, incesante en la imposibilidad que sostiene el deseo.

Bibliografía

Braunstein, N. (1981). Lingüisteria. En *El lenguaje y el inconsciente freudiano*. Siglo XXI.

Braunstein, N. (2006). *El Goce: Un concepto lacaniano*. Siglo XXI.

Cancina, P. (2008). *La investigación en psicoanálisis*. Homo Sapiens Ediciones.

Espinel, J., & Mayorga-Lascano, M. (2014). *El comportamiento celotípico y su incidencia en los trastornos de ansiedad, en las personas privadas de libertad (ppl) varones, recluidos en el centro de rehabilitación social de Latacunga.*

Freud, S. (1923/2004). El yo y el ello, En: *Obras completas*, *Tomo XIX*, Amorrortu

Freud, S. (1900/2004). La interpretación de los sueños. En *Obras Completas, Tomo IV La interpretación de los sueños (primera parte)*. Amorrortu.

Freud, S. (1924/2004). Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad. En *Obras Completas, Tomo XVIII: Más allá del principio de placer Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras*. Amorrortu.

Green, A. (2005). La causalidad psíquica: Entre naturaleza y cultura (L. Lambert, Trad.). Amorrortu.

Lacan, J. (2009a). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos 1*. Siglo XXI.

Lacan, J., El Seminario, *Tomo I*: Los escritos técnicos de Freud, Paidós.

Lacan, J., El Seminario, *Tomo XX*: Aun, Paidós.

Lacan, J. (2009b). El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. En *Escritos 1*. Siglo XXI.

Lacan, J. (2009c). La agresividad en psicoanálisis. En J. D. Nasio, T. Segovia, & Suárez Armando (Eds.), *Escritos 1* (3era ed., pp. 107–128). Siglo XXI.

Lacan, J. (2009d). La ciencia y la verdad. En J. D. Nasio, T. Segovia, & A. Suárez (Eds.), *Escritos 2* (3era ed., pp. 813–834). Siglo XXI.

Lacan Jaques. (2009e). El psicoanálisis y su enseñanza. En Nasio Juan David, Segovia Tomás, & Armando Suárez (Eds.), Escritos *1* (3era ed., pp. 411– 430). Siglo XXI.

Lutereau, L. (2018). *Las fantasías fundamentales. Deseo, culpa y género.* Ediciones La Cebra.

Lutereau, L., & Esborraz, M. (2019). *Celos, seducción y vergüenza*. Ediciones La Cebra.

Ordóñez Espinoza, J. G., & Álvarez Saquinaula, D. F. (2022). Terapia cognitivo conductual en personas privadas de la libertad por celopatía y maltrato intrafamiliar. *Pro Sciences: Revista de Producción, Ciencias e Investigación*, *6*(42), 337–350. https://doi.org/10.29018/issn.2588-1000vol6iss42.2022pp337-350

Rey-Flaud, H. (2000). *Elogio de la nada*. Paidós.

Thibierge, S. (2024). Seminario para la Maestría de psicopatología y psicoanálisis. (15-19 de abril de 2024), inédito.